

GRANDEZA Y MISERIA DE LA ENFERMEDAD

Como dice el Catecismo, nº 1500: *“La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud. Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte. Afrontemos el tema de frente.*

1 – Grandeza y miseria de la enfermedad

Ante la enfermedad el ser humano puede tomar una doble postura. El mismo Catecismo, nº 1501, nos lo muestra: *“La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a él”.* Esta ambivalencia es también manifestada por el Cardenal Darío Castrillón en su libro *La medicina a la luz de la encarnación*: *“El dolor sin amor sólo engendra amargura y desesperación, rebeldía y desesperanza. El amor sin dolor es frágil, superficial, incompleto, antojadizo. La cultura en la que vivimos inmersos promete la felicidad en esta vida y se presenta como al alcance de la mano, algo fácil de construir sin demasiado esfuerzo, pero los seres humanos sabemos por experiencia que la felicidad en el amor requiere de la donación personal sacrificada. El dolor puede ser un camino hacia el amor y al amor auténtico y completo sólo se llega por el dolor de la abnegación personal de sí mismo en favor del otro”.*

2 – Lucha legítima contra la enfermedad

Efectivamente, nuestro deber es luchar contra la enfermedad. Juan Pablo II, en su homilía con ocasión del Jubileo de los enfermos y de los agentes sanitarios, en Roma el 11 de febrero de 2000, predicó lo siguiente: *“El dolor y la enfermedad forman parte del misterio del hombre en la tierra. Ciertamente, es justo luchar contra la enfermedad, porque la salud es un don de Dios. Pero es importante también saber leer el designio de Dios cuando el sufrimiento llama a nuestra puerta”.*

3 – El don de la medicina

San Basilio explicaba, con un lenguaje sencillo, cómo el mismo Dios nos había proporcionado un remedio: *“En efecto, cuando nuestro cuerpo yace enfermo (...) entonces Dios, moderador de nuestra existencia, nos ha concedido el don de la ciencia médica (...) De hecho, del mismo modo que, si nos encontrásemos en el Paraíso, no tendríamos de ningún modo necesidad ni de conocer ni de practicar la agricultura, de la misma manera, si fuésemos inmunes a las enfermedades, como antes de la caída, no haría falta la ayuda de ninguna medicina para curarnos”.*

4 – La mejor Receta

Ante la limitación de la ciencia, Santiago nos la ofrece: *“¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados” (St 5, 14-15).*

5 – El mejor Médico

Ahora, el Catecismo nos presenta a Jesús como médico: *“La compasión de Cristo hacia los enfermos y sus numerosas curaciones de dolientes de toda clase son un signo maravilloso de que “Dios ha visitado a su pueblo” y de que el Reino de Dios está muy cerca (nº 1503). A menudo Jesús pide a los enfermos que crean. Se sirve de signos para curar: saliva e imposición de manos, barro y ablución. Los enfermos tratan de tocarlo “pues salía de él una fuerza que los curaba a todos” (nº 1504).*